

# DIACONADO

Dentro de dos días, seré ordenado Diácono, estos días están cargados de preparativos, de idas y venidas, sin mucho tiempo para reflexionar, ciertamente para reflexionar ya lo hice en los ejercicios espirituales, que fueron un momento de Gracia impresionante.

En estos tiempos de sequía vocacional, creo que puede ser oportuno e incluso necesario, aportar mi testimonio, decir en pocas palabras si es posible, que es eso de ser Diácono y porqué quiero serlo. Al menos voy a intentarlo.

Diácono es una palabra que procede del griego, en origen se refería a los esclavos que servían la mesa, en la primitiva Iglesia, según nos relata el libro de los Hechos, los diáconos eran los ministros encargados de la caridad, de atender a las viudas y huérfanos, el Concilio Vaticano II, define las tareas del diaconado del siguiente modo:

*“En el grado inferior de la Jerarquía están los diáconos, que reciben la imposición de las manos «no en orden al sacerdocio, sino en orden al ministerio». Así, confortados con la gracia sacramental, en comunión con el Obispo y su presbiterio, sirven al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad. Es oficio propio del diácono, según le fuere asignado por la autoridad competente, administrar solemnemente el bautismo, reservar y distribuir la Eucaristía, asistir al matrimonio y bendecirlo en nombre de la Iglesia, llevar el viático a los moribundos, leer la Sagrada Escritura a los fieles, instruir y exhortar al pueblo, presidir el culto y oración de los fieles, administrar los sacramentales, presidir el rito de los funerales y sepultura. Dedicados a los oficios de la caridad y de la administración, recuerden los diáconos el aviso del bienaventurado Policarpo: «Misericordiosos, diligentes, procediendo conforme a la verdad del Señor, que se hizo servidor de todos»” Lumen Gentium 29.*

Es de notar que comienza señalando que el diácono recibe la imposición de las manos no en orden al sacerdocio, sino del ministerio, digo que es de notar porque aunque en principio no tendría que ser así, la realidad es que casi siempre el que se ordena de diácono va camino del presbiterado, con lo que el diaconado es una etapa, sin mucho más contenido.

En algunas Diócesis, se empiezan a dar pasos en el diaconado permanente, y ojalá sigan dando no ya pasos sino saltos en ese camino. Leyendo la Lumen Gentium, descubres que el diácono tiene tarea como para no aburrirse nunca. El diácono es llamado a ser ministro de la Palabra y de la caridad.

Aclarado este punto, la cuestión que toca responder ahora es por qué se le ocurre a nadie meterse en semejante fregado, por qué se le ocurre a alguien entregarse a semejante tarea, dejando a un lado su vida para dedicarse a servir como un esclavo.

Hablemos pues de vocación, que es de lo que se trata, en realidad a nadie se le ocurre meterse a diácono, ni a presbítero, la vocación es una llamada, ante la cual se pueden tomar tres posturas, o bien cuando la escuchas haces como que no has oído, o bien la escuchas, te lo piensas un rato, y parafraseando al poeta, mañana le respondemos para lo mismo responder mañana, o bien, la escuchas, te la tomas en serio, respondes, y te lanzas al vacío y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Por eso cuando me preguntan si tengo vocación, siempre respondo que no, porque la vocación sólo pertenece a quien llama, no al llamado, la vocación no es mía, no la tengo porque no puedo apropiármela, al menos no debo quedarme con lo que no es mío.

La vocación es abrir el corazón al viento de Dios, que te lleva donde quiere, la vocación es por tanto una cuestión de confianza; confiar en Dios, confiar sin reservas, sin miedos que te paralicen, confiar como el niño que agarrado de la mano de su padre va donde le lleven sin hacer preguntas.

La vocación es fe, es creer en las promesas de Dios, es fiarse de Dios aunque no se prodigue en explicaciones, fiarse de Dios aunque parezca una locura lo que te pide, fiarse de Dios a pesar de que te pida lo imposible o lo increíble.

María es un perfecto ejemplo, estos días estoy leyendo el relato de anunciación de Lucas con ojos y corazón nuevos, la vocación en suma es decir *“Hágase en mi según tu palabra”*.

Siendo conscientes que responder a esa llamada significa perder tu vida, perder el gobierno de tu vida, significa matar al hombre viejo y resucitar un hombre nuevo, que será el mismo, pero no lo mismo.

Aquel que escucha la llamada y la sigue, deja las redes en la orilla sin mirar atrás, quien pone las manos en el arado no puede mirar atrás, pues si lo hace no hará un surco derecho aunque haga un millón, responder a la llamada supone expropiarse de sí mismo, para vivir enteramente entregado Dios en los hombres que Dios va poniendo en tu camino. Seguir las pisadas del Señor, implica vivir, pensar, sentir, amar como el Señor, piensa, ama y siente. ¿Es posible hacer algo semejante? ¿Podemos llegar a tal punto de sentir, amar y pensar como el Señor? La respuesta es sí, claro que podemos, no por nosotros mismos, no desde nosotros mismos, si en Cristo, si, si configuramos nuestra vida en Cristo de tal modo que podamos hacer nuestras las palabras de Pablo de Tarso; *“No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”*. Y por tanto es Cristo quien ama en mí, quien siente en mí, quien piensa en mí.

Esto es un proceso, un largo camino con muchas revueltas y no pocas caídas, estamos hechos de barro, no lo olvidemos, como no tenemos que olvidar que si te dejas trabajar por la Gracia, si te entregas el Señor irá haciendo en ti su obra, te irá moldeando a su gusto y te abrirá caminos donde ni en sueños imaginarías transitar.

Caminos como el diaconado o el presbiterado, caminos que te llevan a Dios, pasando por los hombres, especialmente por los más pobres, por los pequeños, por los más olvidados, ministros de la misericordia de Dios, ministros, hemos olvidado que ministro es el que sirve, el criado, el esclavo que lava los pies, ministros no dueños de la misericordia de Dios, administradores de la Gracia que no debemos apropiárnosla, sino repartirla, gratis lo recibimos, gratis debemos darlo. Resuena en mi corazón el grito de Paul Claudel; *“Vosotros los que veis, ¿Qué habéis hecho con la luz?”*

Responder si a la llamada es colocar bien alto el candil, para que alumbre a todos, sin negar a nadie la luz de Dios.

Yo he respondido si, por eso este sábado, ante mi Obispo, ante la Iglesia presente en los fieles, prometeré entregarme sin reservas a Dios que me llama a servirle, sirviendo a mis hermanos, los hombres, con una mezcla de sentimientos, como no puede ser de otro modo, pero también con una confianza absoluta, con un inmenso agradecimiento a este Señor que me confía en mí, que cuenta conmigo, que a pesar de lo bien que me conoce, de que sabe de mis pecados más que yo, que no se le ocultan mis limitaciones, que no desconoce mis

miedos y a pesar de todo eso, me mira a los ojos y pronuncia mi nombre, cómo sólo Él sabe y puede pronunciarlo.

Por eso el sábado, yo también diré *hágase en mi, según tu Voluntad, con temor y temblor, con una infinita confianza, sabiendo que al salir del templo, mi vida será distinta, no porque no siga haciendo lo que hasta ahora hago, si no porque lo haré desde la gracia del ministerio ordenado, desde la consagración y la fuerza del Espíritu de Dios empujando mi vida. Todo será igual y todo será distinto, porque estará bañado en la Gracia de Dios.*

Voy a adelantar la navidad tres días, ya que el sábado será mi natividad, nacerá un ministro del Señor, un hombre nuevo.

El cardenal Pironio, definía en un largo y precioso poema al Verbo encarnado como *“Omnipotencia de Dios con fragilidad de carne”* y al sacerdote como *“Omnipotencia de Dios en un poquito de barro”*.

No se puede definir mejor, yo al menos no soy capaz de encontrar nada que lo mejore, suena increíble, en realidad, el misterio de la Navidad, la verdadera Navidad, no la que nos vende el corte inglés y sus mariachis, es absolutamente increíble, Dios encarnado en el seno de una muchacha, Dios que abandona su Cielo y se hace un hombre entre hombres...

Lo dicho increíble para la razón, pero como bien sabemos hay razones que sólo puede entenderlas el corazón, un corazón sencillo, humilde, pobre..., los soberbios, los pagados de sí mismos, los orgullosos, los sabios, no pueden entender nada de estas cosas.

Esta es mi fe, esta es la vocación a la que me siento llamado y a la que respondo con tanto miedo como entusiasmo.

Y termino, ya va siendo hora de acabar, con una súplica; orad al Señor por mí, por los que conmigo el sábado van a ser ordenados, orad por los seminaristas que se esfuerzan cada día por ser fieles a su vocación, orad al Señor, para que no se canse de seguir llamando, orad para que haya quien escuche la llamada y se atreva a responderla, y orad por los sacerdotes, especialmente por los sacerdotes que tenéis más cerca, para que no se cansen, para que no les venza el desánimo ni les ahogue la desesperanza.

Feliz Navidad,

*Terlenziz.*

